

Góngora, Brillante oscuridad

Miguel Ángel Entrenas. España. 2012. 50 min. Color. v.o.e.



FICHA TÉCNICA

Título original: *Góngora, Brillante oscuridad.*

Nacionalidad: España. **Año de producción:** 2012.

Dirección: Miguel Ángel Entrenas.

Guión: Carlos Clementson, Miguel Ángel Entrenas.

Producción: Miguel Ángel Entrenas, P.C.

Productor: Antonio Navajas.

Fotografía: Gustavo Pérez.

Música: Francis de Haro.

Director artístico: Álvaro y Estefanía Barrios.

Vestuario: Estefanía Barrios.

Maquillaje: Alicia Bravo.

Intérpretes: Juan Carlos Villanueva, Carmen Rodríguez, Rafa de Vera, Belén Benítez, Ricardo Luna, Álvaro Barrios, Carlos Castro, Lúa Santos.

Duración: 50 min. **Versión:** v.o.e. Color.

SINOPSIS

"Don Luis de Góngora nace en Córdoba el 11 de julio de 1561.

Primogénito del matrimonio formado por Don Francisco de Argote y Doña Leonor de Góngora.

El linaje de su madre, estrechamente vinculado al influyente Francisco de Eraso, secretario de Felipe II, disfrutaba de una considerable prosperidad.

Racionero de la Iglesia Catedral de Córdoba y consciente de ser el Gran Señor de la Poesía, marcha a Madrid donde se enfrenta a Lope y Quevedo.

COMENTARIO

Un canto cinematográfico a la ciudad de Córdoba

A lo largo de este mes de mayo ha venido proyectándose en diferentes locales cordobeses, desde su estreno en el recién restaurado "Teatro Góngora", el mediometraje, dirigido por Miguel Ángel Entrenas, "Góngora, brillante oscuridad", protagonizado por el actor cordobés Juan Carlos Villanueva.

El film ha sido exhibido en diferentes instituciones educativas, recreativas y culturales, como el Instituto Góngora, la casa de Galicia y, próximamente, lo seguirá haciendo en otros centros. Mayo es un mes gongorino por excelencia, y en la estela del 450 aniversario del nacimiento del poeta, esta adaptación cinematográfica, de algunos retazos de su circunstancia vital, contribuye a una mayor difusión y divulgación de su figura y de su tiempo.

La vida del gran poeta barroco ya se representó en la escena del Gran Teatro en 2004, dramatizada en el montaje teatral "Góngora, sombra y fulgor de un hombre", original del excelente dramaturgo cordobés Francisco Benítez, y obra tampoco ajena del todo a quien firma estas líneas, pues se gratificó con una cierta colaboración literaria a la misma. Y este mediometraje, que hoy nos ocupa, no es sino una muy meritoria y legítima adaptación de la misma a la gran pantalla, con momentos de gran plasticidad y emoción, una ajustada interpretación y una admirable ambientación de época.

Estas reflexiones, al hilo de su estreno, no pretenden ser ningún comentario ni análisis cinematográfico —quien lo firma no es ningún crítico de cine—, sino que ante todo intentan manifestar un agradecimiento, el mío personal, como sencillo espectador a un elenco de veintitrés actores, más cuarenta figurantes, todos ellos cordobeses, así como a cuantos técnicos de todo tipo han participado en la misma, lo que han hecho con una generosidad extrema, ya que ninguno de ellos ha recibido retribución económica alguna por su actuación; lo cual no deja de ser dignamente reseñable en una época tan positivista y de tan recalcitrante materialismo como la actual, incluso en el plano de las bellas artes.

Entre todos ellos no sólo han rendido un emocionante homenaje cinematográfico al gran poeta de nuestro Parnaso sino que, a su vez, han escrito sobre el blanco papel de la pantalla, y mediante la luz, la sombra, la palabra y el color, un esplendente poema filmico en honor de nuestra ciudad, ya que la mayor parte del mismo transcurre en ella y en sus más hermosos alrededores.

Debemos resaltar la vinculación biográfica, cordial y cultural, de Góngora con su ciudad, porque pocos poetas se han identificado tanto con su cuna y con su historia como nuestro Don Luis, hasta el punto de hacer de ella un ámbito urbano líricamente gongorino, pues toda Córdoba, la ceñida por el excelso muro y torres coronadas de honor, de majestad, de gallardía, la Córdoba romana, árabe, gótica, renacentista y barroca, que tanto amó y vivió nuestro poeta, puede calificarse de lugar gongorino, como se encargó



de reflejar otro fino poeta cordobés, Ricardo Molina, en su bello libro "Córdoba gongorina". Hasta tal punto Don Luis se fundió y confundió con la historia, el entorno y el latido de su ciudad.

Como se encargó de explicitar un profundo conocedor de Andalucía, el hispanista Gerald Brenan, "no podemos comprender a Góngora si no recordamos que era un andaluz de Córdoba. En su época, ésta era una ciudad de unos once mil habitantes, pero entre las ruinas de sus antiguos palacios y sus calles, había muchas casas de la nobleza y de un clero numeroso y bien dotado. Su gran historia — cuna de Séneca y capital de la España árabe— procuraba a sus habitantes un gran orgullo cívico, que el poeta compartía plenamente. Criado entre familias nobles de la provincia, había participado en su vida alegre y derrochadora, y tenía un cariño apasionado por su suelo patrio".

Y este amor de Don Luis por su ciudad queda plasmado en la cinta con bellísimas imágenes tanto urbanas como campestres, del río, de la Torre de la Malmuerta, de la Mezquita-Catedral, de la Plaza de la Compañía, del Palacio de Viana, de Santa María de Trassierra, en una sugestiva escenografía, a veces real, otras casi mágica, que con el fondo de la excepcional y conmovedora banda sonora, compuesta por el también cordobés Francis de Haro, para la presente ocasión, logra comunicar emotivas pulsaciones al espectador, sobre todo en los momentos de mayor postración espiritual del poeta que, enfermo y vencido en sus aspiraciones cortesanas, regresa a sus raíces con la sola compañía de su aya, a morir en el acogedor regazo de su ciudad materna.

Pues dos partes o facetas muestra el film: la de un estudiante de buena casa en la Salamanca de la época, entre juegos, duelos y amoríos; y la de un hombre y su frustrante experiencia en Madrid, en donde sus ilustres protectores van cayendo uno tras otro en el favor real, y a veces, hasta perdiendo la

vida entre las insidias de la corte, en el terrible final de un asesinato lleno de misterio y de muy alta y sospechosa autoría, como el de su deslumbrante discípulo, el Conde de Villamediana, interpretado por Álvaro Barrios.

En la corte Góngora tratará con grandes y decisivos personajes, como el conde Duque de Olivares, representado con sobriedad por Ricardo Luna, quien fuera el que protagonizara el personaje de Don Luis en la obra teatral "Sombra y fulgor de un hombre", que en cierto modo está en el germen de esta nueva versión cinematográfica; o Don Diego de Velázquez (Carlos Castro), junto a un "malvado" Francisco de Quevedo, muy eficazmente caracterizado por Bartolomé García, entre otros.

Particular mención merece la actriz Carmen Rodríguez, muy convincente y cercana en el personaje de Mari Rodríguez, aya y compañera de penididades del poeta; así como Rafa de Vera, pariente de Góngora, que lleva a cabo una más que notable labor interpretativa, así como la magistral colaboración del veterano Antonio Barrios en el papel de médico. Muy especialmente destacable es la actuación de Juan Carlos Villanueva, sobria, íntima y contenida, de muy humana y tensa introspección psicológica, y con una no muy frecuente manera de decir el verso, al que presta un muy eficaz y bello poder comunicativo. Todos ellos eficazmente dirigidos por Miguel Ángel Entrenas, que al margen de proyectos más fáciles, se enfrenta a una ardua producción de época, como antes hizo con sus otras entregas "San Juan de la Cruz" y "La Chiquita Piconera".

Lógicamente, en una obra de época como la presente, el vestuario, la ambientación y el atrezzo, están particularmente cuidados, y esa ambientación resulta perfecta y convincente, suministrada por muy bien escogidos rincones especialmente hermosos y aún casi vírgenes de nuestra ciudad, captados en los momentos de más sugestiva iluminación solar.

La ambientación del film se ha visto favorecida con la generosa posibilidad de rodar muchas de sus escenas en lugares de particular belleza y riqueza, tanto arquitectónica como artística, a veces de difícil acceso a las cámaras, así nuestra Mezquita-Catedral, la iglesia de la Compañía, el palacio de Viana, las Bodegas Campos, Las Casas de la Judería —lugar en que naciera Góngora en la calleja de Las Pavas—, el Hostal El Triunfo y otras hospederías de Córdoba, siendo muy justo también de resaltar las escenas rodadas en la Finca de la Trinidad, en Montilla, típico complejo agrario, lleno de autenticidad que, en su tiempo, y como está oficialmente reconocido, perteneció a la familia de Góngora y que hoy continua perfectamente mantenido con su proverbial sabor histórico y de época. Es de rigor resaltar que tanto el carramato como la carretela que aparecen en la obra son vehículos propios de la época, conservados con mimo y con respeto en esta heredad de La Trinidad montillana.

ARS GRATIA ARTIS

"Por amor al arte", así podríamos traducir la anterior sentencia latina. Y por amor al arte y al cine y a Córdoba y a su historia, se ha podido llegar al feliz término de esta cinta, en la que ni siquiera los cumplidores de los menesteres más técnicos y específicos han tenido retribución alguna; baste citar la Escuela de Maquillaje Alicia Bravo, así como los técnicos de estilismo, de sonido, de grabación, de fotografía etc. Incluso todo el montaje necesario para la impactante fotografía aérea de Córdoba, del final del film, para la que ha tenido que ser utilizado incluso un parapente desde el que filmar esas inolvidables escenas.

Económicamente, el film ha sido posible gracias a una subvención de tres mil euros, concedida por la delegación de cultura del Ayuntamiento de Córdoba, exclusivamente destinados a la compra de material, así como al imprescindible seguro, por la utilización de semovientes y manipulación de objetos artísticos y de época. En estos años, en que tan alegremente en toda España se ha disparado con pólvora del rey, cuando tanta subvención se ha prodigado, y a veces despilfarrado en eventos inverosímiles, es digno de subrayar la generosa predisposición de tantos cordobeses, tanto del mundo artístico como empresarial, cediendo sus inmuebles, para contribuir a la realización de este poema cinematográfico de nuestra ciudad y nuestra historia.

Carlos Clementson